

Presentación

Medios de comunicación y poder político: la imagen de los líderes durante la Transición española (1975-1982)

Memorias de la Transición

El pasado 20 de noviembre de 2015 se cumplieron 40 años de la muerte de Francisco Franco. Han transcurrido tantos años, pues, como los que duró su régimen dictatorial. Precisamente, el paso del final del franquismo a la democracia es uno de los procesos políticos que más interés ha suscitado en nuestra historia reciente. La llamada Transición ha sido objeto de estudio y debate desde entonces, entre otros motivos porque a la complejidad y dificultades de su desenvolvimiento se unió la necesidad de establecer un relato canónico que permitiera gestionar su legado. Los que vivieron como protagonistas aquellos años han dejado testimonios de lo frágil y delicado que fue el proceso. La conflictividad política y social, el terrorismo, y, sobre todo, las intentonas golpistas (con el 23-F a la cabeza) son buena prueba de ello. Frente a este convulso escenario, en poco tiempo se forjó una imagen modélica de la Transición donde, a base de concordia y consenso (término que presidió el vocabulario político de la época), la sociedad española pudo superar sus diferencias. Hay más, la llegada de la democracia fue el producto de un plan planificado al detalle. Esta formulación encontró rápidamente acomodo en los discursos dominantes de los principales medios de comunicación. Así, Justino Sinova en la presentación de “Historia de España. La aventura de la libertad (1975-1995)”, colección en fascículos del diario *El Mundo*, incidía en la lectura de la Transición como un proceso pilotado sabiamente por el Rey y sus asesores y “ejecutado desde la Presidencia del Gobierno con audacia”. El resultado no podía ser otro que un prodigio: “...y el milagro fue la implantación en España de una Monarquía parlamentaria, equiparable a las democracias occidentales más experimentadas, entre una complacencia general”. Más allá de esta visión idealizada en la que el proceso es conducido por unas élites que interpretan la voluntad del pueblo, lo cierto es que: “El éxito de la Transición se debió en parte a un radical cambio de paradigma histórico mediante el cual se sustituyó el mito positivo de la guerra civil como gran desatascador de la Historia de España... por el mito positivo del consenso como único medio capaz de construir, sobre una amplia base social y política, una democracia genuina y verdadera” (Fuentes Aragonés, 2009: 73-74). Ahora bien, el balance positivo de este momento histórico no puede eclipsar la frustración y el inconformismo que suscitó al poco tiempo en determinados sectores de la sociedad. Por ejemplo, en los que abogaban por la recuperación de la república y su legado o en los que perseguían pacíficamente un proyecto alternativo al capitalismo. Máxime cuando las promesas de una sociedad más justa y participativa, implícitas en la letra del texto constitucional, se vieron defraudadas y traicionadas; lo que avalaría la idea, sostenida por ciertos sectores políticos, del déficit democrático actual. A ello hay que añadir la crisis de credibilidad de la clase política tras sucesivos escándalos de corrupción.

Todo ello ha suscitado una relectura crítica de la Transición, entendida más bien como un espacio de confrontación en el que prevaleció el proyecto de los herederos del franquismo, o al menos la consecución de sus principales objetivos, frente a las posiciones rupturistas. De este modo, los pactos alcanzados serían en realidad concesiones que hoy estamos pagando.

Estas tesis han sido un buen caldo de cultivo para utilizar la Transición como impugnación del presente. Hace tiempo que la idea de acometer una segunda transición, por inoperancia o desgaste de la primera como sustrato del statu quo actual, ha entrado en el discurso de determinadas fuerzas políticas y ahora reaparece con más intensidad como alternativa a la anunciada crisis del bipartidismo. Con independencia de los intereses en juego para avivar un conflicto superado, lo cierto es que el metarrelato de la Transición está siendo cuestionado desde su lectura actual. Como afirmaba recientemente Javier Moreno Luzón: “El acuerdo sobre ese marco histórico se ha deteriorado de manera muy rápida conforme se agrandaba la crisis de legitimidad del sistema político español. La Transición lleva camino de ser, más que un momento fundacional compartido, una bandera melancólica de la generación que la hizo” (*El País*, 10/VIII/2015). En otras palabras, la experiencia de Transición ha dejado de ser un referente positivo al que apelar para resolver el marco político vigente.

La gestión de la memoria de la Transición

Ante esta tesitura, que simplifica e instrumentaliza procesos históricos complejos, resultan imprescindibles los enfoques científicos desde distintas disciplinas para reducir, en palabras de Carme Molinero, “...la distancia entre el conocimiento académico y el conocimiento socializado” (Molinero, 2006: 10). Porque a este campo de batalla político hay que añadir la capitalización de la Transición por parte de los medios. Conscientes de su nuevo rol, durante esos años fueron decisivos en la conformación de una cultura democrática que diera cauce a la opinión pública. Es más, con distintos matices y pocas excepciones, abanderaron las reivindicaciones en materia de libertades y derechos. Pero su cometido no terminó ahí. Desde entonces han asumido una función tutelar respecto a la memoria de la Transición. Aunque obedeciendo a diferentes intereses, no puede negarse el valor pedagógico y divulgativo de ese discurso; hasta el punto de que determinados personajes y acontecimientos fueron revalorizados mucho después del momento histórico en el que aparecieron. Las fórmulas conmemorativas, activadas periódicamente para hacer balance de la Transición, han sido un instrumento privilegiado de ese discurso. Ese recordatorio pautado y cíclico, ajeno al devenir histórico, tiene la ventaja de homologar los hechos e iluminar su lectura desde una distancia (10, 25, 40 años después) que se formula siempre como reveladora. A su vez, la efeméride actualiza, y confronta con el presente, el significado de los acontecimientos evocados. Desde la lógica mediática no se trata tanto de un ejercicio de nostalgia como de ratificar las concepciones teleológicas y evenemenciales de la historia.

En esta narración han tenido un protagonismo decisivo los actores. En muy poco tiempo, nuevos líderes emergieron para acometer una doble tarea: impulsar los cambios democráticos que esperaba el país y crear el espacio político que les permitiera jugar un papel relevante en ese proceso. Algunos fueron producto exclusivo de esa co-

yuntura, otros pretendían amortizar su trayectoria anterior dentro o fuera del régimen. De toda la galería de personajes que pugnaron en ese periodo por alcanzar el poder, solo cuatro consiguieron un amplio reconocimiento: Adolfo Suárez, Felipe González, Santiago Carrillo y Manuel Fraga¹. Es decir, los máximos dirigentes de los principales partidos nacionales de entonces. Ciertamente, sus antecedentes eran muy diversos (aparato franquista, oposición interior al régimen, exilio) y, en consecuencia, también su capacidad de liderazgo y sus atributos carismáticos, como ha quedado recogido en sus respectivas biografías políticas (entre otras, Fuentes, 2011; S. Palomares, 2005; Preston, 2013; Millán Mestre, 2012). Sin embargo, unos y otros consiguieron capitalizar en torno a su figura los principales acontecimientos de esos años². A este respecto, hay que tener en cuenta que en esa época los partidos no contaban con asesores de imagen o consultores políticos, no existían los gabinetes de prensa tal y como los conocemos hoy en día y apenas se habían ensayado las técnicas del marketing político. De manera que los medios de comunicación fueron determinantes para dar visibilidad al nuevo marco político. Un ejemplo nos permitirá entender esta estrecha relación entre clase política y medios: el modo en que quedó retratada la actividad parlamentaria a través de las crónicas periodísticas y los reportajes fotográficos. En un momento en el que el centro de acción política pasaba por el parlamento, debido a la ingente tarea legislativa necesaria para edificar el sistema democrático, las imágenes televisivas y fotográficas de los políticos permitieron conocer sus recursos dialécticos, sus dotes carismáticas y, con ello, acercar la política institucional a la sociedad.

Transición y Carisma

En este contexto surge la oportunidad de la publicación de este dossier en la sección monográfica **Estudios** de *Estudios sobre el Mensaje Periodístico*, titulado “Medios de comunicación y poder político: la imagen de los líderes durante la Transición española (1975-1982)”. Su contenido es el resultado de un proyecto de investigación I+D+i en curso: “La construcción mediática del carisma de los líderes políticos en periodos de transformación social: del tardofranquismo a la Transición”. En él se ha estudiado específicamente la contribución de los medios a la construcción carismática de los principales líderes de ese periodo. El carisma moderno, tal y como lo formuló Max Weber (1922), es un concepto complejo que alude a una forma de poder cuya legitimidad no se asienta en la tradición o en una forma racional de organización política de la sociedad, sino en las cualidades extraordinarias del líder: “Se obedece exclusivamente al caudillo personalmente a causa de sus cualidades excepcionales, y no en virtud de su posición estatuida o de su dignidad tradicional. De ahí, también, sólo mientras dichas cualidades le son atribuidas, o sea mientras su *carisma subsiste*” (Weber, 2002:

¹ Con ello no desdenamos la importancia, más limitada en el tiempo, de otras figuras como Dolores Ibárruri o Enrique Tierno Galván.

² Hemos omitido deliberadamente en este grupo al Rey por un motivo obvio: su actuación estuvo al margen de las disputas y vaivenes políticos, como una figura mediadora y protocolaria. Con independencia de sus atributos carismáticos, su imagen quedó preservada, unida indisolublemente al sistema como las dos caras de una misma moneda: monarquía y democracia.

711-712). Las reformulaciones posteriores del concepto (Max Scheler, Marc Bloch, Edward Shils, Shmuel N. Eisenstadt...) no han hecho sino incidir en la relevancia que adquiere, a través de su plasmación en las denominadas “religiones políticas” o “religiones civiles”, para entender los principales sistemas políticos contemporáneos.

Sin duda, el pasado siglo ha proporcionado casos abundantes para comprobar su aplicación en estrecha simbiosis con el uso de la propaganda y los medios de comunicación de masas. Por lo que respecta al presente número, su estudio es más específico y toma forma de micro-análisis: determinar efectos del carisma de varios líderes de la Transición a través del modo en que la prensa, el cine y la televisión los plasmaron en momentos cruciales. En concreto, el número se articula en torno a cuatro estudios de caso: la Coronación del rey Juan Carlos I el 22 de noviembre de 1975, la matanza de los abogados laboristas de la calle de Atocha en enero de 1977 y la reacción del PCE con Santiago Carrillo a la cabeza, el regreso de Dolores Ibárruri a España en mayo de 1977 y el triunfo socialista en las elecciones generales de 1982. Todos ellos acontecimientos decisivos de la Transición con un protagonista que concita en torno a su figura un relato explicativo. Aunque, como señala Sánchez-Biosca: “su mero nombre –transición–... casa mal con la idea de relato: transición alude a un paso entre dos estados. Para que ese cambio de estado se convierte en eficaz narrativamente ha de asumir protagonistas que se hayan planteado objetivos coincidentes con el efectivamente logrado, es decir, unos agentes de la teleología”. De ahí la importancia de perfilar esos agentes destacados para dar coherencia a lo que de por sí fue una suma de acontecimientos invertebrados. Igualmente, es decisiva la persistencia de algunas imágenes adheridas, renuentes a morir con el hecho histórico del que surgieron. Imágenes que, más allá de su misión informativa inicial, concitan un consenso en torno a su poder de representación. Esas “imágenes recalitrantes”, en palabras de Nancy Berthier, son determinantes para evaluar el modo en que el acontecimiento nos interroga desde el pasado y, al tiempo, el líder irradia su magnetismo: “Cuando la imagen histórica (es decir, que representa un evento histórico) permanece en las memorias, es porque la interrogación que ha suscitado no ha tenido respuesta”. Por tanto, es inevitable que estas imágenes sean convocadas a formar parte de ese relato, pues invisten al mismo de un don exegético. Así, el análisis de ambos registros, relato e imágenes, en relación con el líder debe contemplar el gesto, la voz, el mensaje político, la interacción con la masa, la preeminencia de su figura en el encuadre y la integración de todo ello en una cadena semántica.

El artículo de Nancy Berthier nos sitúa precisamente en un momento fundacional de la democracia: la coronación de Juan Carlos I. Su controvertido estatus, al gestarse desde el interior del régimen franquista, ha propiciado que esa escena se haya sometido a sucesivas reelaboraciones e interpretaciones. Así, su lectura en la serie *La Transición* (Elías Andrés, 1995) asentó un canon que después ha sido objeto de apropiación interesada a través de medios alternativos surgidos en internet.

Por su parte, el texto de Sánchez-Biosca aborda la matanza de Atocha, ocurrida el 24 de enero de 1977, dentro de lo que se dio en llamar la “semana negra”. En esta cadena de acontecimientos la reacción del PCE y de su líder Santiago Carrillo fue clave para su posterior legalización y su participación en el proceso democrático. El artículo

sigue su eco en la prensa de la época, la película *Siete días de enero* (J.A. Bardem, 1978) y también en la serie *La Transición*.

El artículo de Vicente Benet se consagra al otro gran referente histórico del comunismo español: Dolores Ibárruri “Pasionaria”. Una figura cuyo carisma se había forjado durante la Guerra Civil y, al tiempo, “condensaba gran parte del valor patrimonial y memorístico del Partido Comunista de España”. “Reciclaje” es el concepto clave para entender su irradiación en ese momento: “Pasionaria era, ante todo, pasado vivo impostado en el presente”. Dos momentos centrales son objeto destacado de su estudio: su regreso del exilio el 13 de mayo de 1977 y su reaparición en las Cortes españolas, el 13 de julio del mismo año, tras las primeras elecciones democráticas desde 1936.

Por último, el número concluye con el análisis in extenso de una imagen que, a decir de muchos historiadores, podría cerrar la Transición: Felipe González y Alfonso Guerra, saludando desde el balcón del Hotel Palace, la noche del 28 de octubre de 1982. El modo en que se obtiene y es publicada, el proceso por el cual se convierte, entre otras similares, en el emblema de un momento, permite constatar la preeminencia que la fotografía alcanza como relator privilegiado de la Transición. Reproducida hasta la saciedad, es una imagen muy popular, pues parece abrochar varios acontecimientos a la vez: las elecciones generales de 1982, el triunfo del partido socialista, el primer gobierno de izquierdas en democracia y el definitivo encumbramiento político de Felipe González como líder carismático.

Estos cuatro artículos revelan que cuando retrocedemos al instante del suceso y comienzan a fraguarse los relatos, aún pueden detectarse sus fisuras, sus inconsistencias y las estrategias desplegadas para ocultarlas. Varias imágenes pugnan, se superponen y entran en litigio por representar los hechos. Es en esos momentos donde puede rastrearse el origen del mito y la cristalización del carisma.

Referencias bibliográficas

- AA.VV. (1995): *Historia de la Democracia. La aventura de la libertad. 1975-1995*. Madrid, colección de fascículos de *El Mundo*.
- FUENTES ARAGONÉS, Juan Francisco (2009): “De la confrontación al consenso: el papel de la prensa en la Segunda República y la Transición”. En QUIROSA-CHEYROUZE Y MUÑOZ, Rafael (ed., 2009): *Prensa y democracia: los medios de comunicación en la transición*. Madrid, Biblioteca Nueva.
- FUENTES ARAGONÉS, Juan Francisco (2011): *Adolfo Suárez. La historia que no se contó*. Barcelona, Planeta.
- MILIAN MESTRE, Manuel (2012): *Vida y política de un hombre de Estado*. Madrid, Debate.
- MOLINERO, Carme (ed., 2006): *La Transición, treinta años después*. Barcelona, Península.
- PALOMARES, Alfonso S. (2005): *Felipe González: el hombre y el político*. Barcelona, Ediciones B.

Presentación

PRESTON, Paul (2013): *El zorro rojo. La vida de Santiago Carrillo*. Barcelona, Debate.

WEBER, Max (2002): *Economía y sociedad*. Madrid, Fondo de Cultura Económica.

Rafael R. TRANCHE
Universidad Complutense de Madrid
tranche@ucm.es